



Ponente

MONS. ENRIQUE FIGAREDO ALVARGONZÁLEZ
Prefecto Apostólico de Battambang, Camboya.

Introducción

Querido cardenal, queridos hermanos obispos, sacerdotes y amigos asistentes a este Congreso, es para mí un privilegio que me hayan confiado este momento. Se lo agradezco de corazón y espero poder responder a sus expectativas con mi humilde testimonio. Testimonio de lo que siente un obispo que vive en las periferias y que se siente querido y acogido por muchas personas que no viven en ellas.

Compartir con ustedes mis periferias es compartir mi esencia, el punto de partida de mi vocación que se nutre de todas las historias que cada mañana son la razón para seguir adelante. Historias de gente sencilla, maltratada por la vida: de víctimas de mina, de niños de la calle, de prostitución y tráfico humano, de enfermedad, de extrema necesidad, historias con mucho sufrimiento.

Desde la Prefectura de Battambang, Camboya, misión que me ha sido encomendada, donde el porcentaje de católicos es muy pequeño, trabajamos juntos, unidos en una misma familia con los más pobres, por un país mejor, por un mundo mejor, dialogando siempre y potenciado lo que nos une y no lo que nos separa.

Trabajamos de igual a igual, con cercanía, sintiéndonos pobres también y acogidos por los que tienen menos, que nos enseñan a ser testimonio de Jesucristo.

Con una presencia objetiva y cercana y con la esperanza siempre por delante, sin protagonismos, ni querer cargarnos de razón, trabajamos para intentar buscar caminos para encontrar salidas, para solucionar la confrontación y vivir todo como una oportunidad para crecer juntos, para potenciar siempre lo positivo y minimizar lo negativo y, en nuestro caso, para encontrar el camino del Evangelio que nos inspira.

En este mundo que nos ha tocado vivir necesitamos personas valientes, positivas, creativas, capaces de encontrar siempre una oportunidad, de

dar la vuelta a las cosas, de hacernos crecer y salir de nuestro confort (así era Jesús, entre otras muchas cosas).

1. Una Iglesia en salida. Iglesia samaritana

Salir para encontrar sin pasar de largo; inclinarse sin desidia; tocar sin miedo y meterse, día a día, allí donde vive el Pueblo de Dios que nos ha sido confiado. Con la misma caridad que nos enseñó Jesús. Porque la “la caridad de Cristo nos urge”.

En una Iglesia que debería ser sacramento de unidad y de esperanza.

De esperanza que tiene rostro joven y debería mirar al mundo con los ojos de los pobres y desde la situación de los pobres.

Hoy hace falta pasión. Poner el corazón en todo lo que hagamos, pasión de joven enamorado y de anciano sabio, pasión que transforma las ideas en utopías viables, pasión en el trabajo de nuestras manos, pasión que nos convierte en continuos peregrinos en nuestras Iglesias. “Hermanos, por favor, les pido pasión, pasión evangelizadora”, nos dice el Papa.

Y al mismo tiempo debemos mostrar sin miedo nuestra fragilidad.

Ser frágiles es maravilloso, primero porque lo somos y luego porque, entre otras muchas cosas, nos fortalecemos con los demás. Juntos somos más fuertes. Pero no llegamos a ningún sitio como héroes, no lo sabemos todo, somos vulnerables, necesitamos compartir, escuchar, acompañar con nuestro corazón frágil y vulnerable que necesita de todos, que necesita cariño, que sufre, que se equivoca y se levanta gracias a muchas cosas y muchas personas.

Me parece fundamental que en nuestra vida y en nuestra actitud nunca olvidemos la sencillez y la humildad. Esa sencillez y humildad que nos construye como personas capaces de caminar con otros, de aprender de ellos, de dialogar y de construir una realidad mejor para todos; pero que nos sitúa siempre en la pequeñez de nuestra realidad, que nos hace sentirnos hijos de Dios al servicio de un padre que quiere que sirvamos, que seamos los últimos y que aprendamos siempre de los pobres.

Debemos ser “una Iglesia en salida”, Iglesia samaritana, que sale al encuentro, que se mancha, se gasta, se cansa, y que nos presume de grandes ortodoxias, pero que permanece siempre atenta a los demás, atenta al diálogo desde el corazón de Jesucristo, un diálogo como nuestra propia historia de salvación, permanente con Dios, en nuestra oración, que nos hace mejores... Esa Iglesia siempre pendiente de los que más lo necesitan, que dialoga con ellos para entender la realidad y con todos los que la pueden cambiar. Que se reconcilia y tiende puentes siempre.

La reconciliación no es una palabra que debemos considerar abstracta; si esto fuera así, sólo traería esterilidad, traería más distancia.

Reconciliarse es abrir una puerta a todas y a cada una de las personas que han vivido la dramática realidad de un conflicto.

Unidad, esperanza, reconciliación, pasión, cercanía, humildad, sencillez, Iglesia samaritana... En el fondo y en la superficie, sinónimos de la caridad.

Caridad con los hermanos y con nosotros mismos; querernos de esta forma es el primer paso para querer, de verdad, a los demás.

Y sigo con más ingredientes para llevar a cabo “la Caridad de Cristo que nos urge”.

El diálogo que necesitamos, en este mundo a veces de conflictos, debe ser abierto y respetuoso. Abierto, es decir cordial y sincero, llevado adelante por personas que aceptan caminar juntas, con estima y franqueza. Respetuoso con los derechos fundamentales: el derecho a la vida, a la integridad física y a las libertades fundamentales, como la de conciencia, de religión, de pensamiento y de expresión, que suponen las bases para construir la paz, por la cual cada uno de nosotros es llamado a rezar y actuar.

2. Una Iglesia organizada

Tenemos delante un camino muy largo, para realizar juntos con humildad y constancia, sin alzar la voz, pero remangándonos, para sembrar la esperanza en el futuro.

La caridad de Cristo nos urge. Permítanme que haga referencia a Cáritas, sinónimo de caridad: Cáritas, caridad, la Iglesia organizada para hacer su acción social, es una gracia, un don, un regalo, una profunda suerte.

Es una suerte tener ojos abiertos para ver el sufrimiento de los más necesitados, oídos atentos para escuchar su clamor y corazón sensible para conmovernos.

Es un regalo salir de nuestras comodidades y seguridades, detener el absurdo ritmo de una vida vivida para nosotros mismos, y poner todo lo que somos y tenemos al servicio de los que más lo necesitan, de los ignorados, de los olvidados.

Y es una gracia experimentar que detrás de ese clamor siempre hay una llamada de un Dios que se conmueve ante la pobreza y el sufrimiento humano y nos convoca a todos nosotros a hacer realidad su Reino.

Dice el cardenal Tagle: “hacer más eficaz la caridad, sobre la base de miembros cada vez más profesionales y eficaces, siendo requisito fundamental

para todos los que trabajamos en esta gran Cáritas, con este gran objetivo, ocupándonos de los más necesitados, la competencia y consiguiente formación”.

Y también me gustaría recordar en este punto lo que nos decía Benedicto XVI en *Deus Caritas Est*: “por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente. Quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas han de distinguirse por no limitarse a hacer con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón para que el otro experimente su riqueza de humanidad”.

Cáritas nos propone que una de las características de la caridad que nos urge, es que sea organizada, realista y que sirva, habiendo escuchado a las personas que nos confían la vida. Una caridad liberadora y transformadora que haga personas libres, en diálogo comunitario, transformando los hitos del corazón y de las estructuras... Casi nada...

Para ejercer la caridad de Cristo que nos urge en mi realidad de misión, en un país con pocos católicos, son esenciales las cualidades que vengo resaltando y el trabajo permanente en la creación de un diálogo fiel reflejo del Evangelio que nos inspira a nosotros como cristianos y a otros muchos desde otras religiones.

La cultura del diálogo implica un auténtico aprendizaje.

Un aprendizaje que nos permite reconocer al otro.

Es un proceso que se basa en la escucha, en la apertura al otro, en la capacidad para ponernos en lugar del otro.

Es, también, una cualidad imprescindible cuando se trata de poner en marcha acciones consensuadas para combatir los efectos que provoca este mundo que nos ha tocado vivir sobre las personas a las que acompañamos, y reduce el margen de error porque amplía las perspectivas y arroja luz sobre zonas que antes estaban ocultas.

Nuestra opción por el diálogo es un ejercicio de responsabilidad al que estamos obligados a dar respuesta desde cada uno de los puestos que tenemos en este mundo que nos ha tocado vivir. Nos lo ha dicho en reiteradas ocasiones el papa Francisco.

El diálogo, en definitiva, es una manifestación genuina de la caridad. De esa caridad ejercida por una “Iglesia en salida”, dispuesta a ir al encuentro del hermano más necesitado que está en las periferias.

La caridad de Cristo nos obliga, nos urge a dar siempre el primer paso, a salir al encuentro de los demás con Cristo.

La caridad que nos urge, creo que significa dar un paso decidido y seguro hacia los hermanos, renunciando a la pretensión de ser perdonado sin perdonar y, después de esto, no quedarnos en el primer paso, sino seguir caminando juntos cada día para ir al encuentro del otro, en busca de la armonía, la fraternidad en el mundo, en busca de que todas las personas pueden ejercer el derecho que Dios les ha dado: ser sus hijos y, por tanto, mantener su dignidad y ser tratados como tal.

Podemos enredarnos en discusiones interminables y sumar muchos intentos fallidos. Es verdad que este mundo nuestro no favorece para hablar de caridad, de respeto, de dignidad, de Dios; tenemos todos un elenco de esfuerzos que han terminado en nada y, como Pedro, sabemos lo que significa la experiencia de trabajar sin ningún resultado.

Pedro asume la caridad de Cristo que le urge, acoge decidido la invitación de Jesús, lo deja todo y lo sigue para transformarse, de nuevo, en pescador, cuya misión consiste en llevar a sus hermanos al Reino de Dios, donde para nosotros la vida se hace plena y feliz.

Por eso, para cumplir ese mandato de Jesucristo y sentirnos interpelados por esa caridad que nos urge y nos apremia, hace falta que “nos llamemos” los unos a los otros, que “nos hagamos señas”, como los pescadores, que volvamos a considerarnos hermanos, compañeros de camino, socios de esta empresa común que es la construcción de un mundo mejor para todos.

Llamar a otros, a todos, hacer lugar al bien común por encima de los intereses mezquinos o particulares, cargar a los más frágiles dentro de nuestra barca promoviendo sus derechos.

Necesitamos ser testigos de esta caridad: orilla, lago, mar abierto, ciudad por donde Jesús ha transitado y transita para ofrecer su presencia y palabra fecunda, para sacar de las tinieblas y llevarnos a la luz y a la vida.

Por otro lado, tengo la impresión que esa caridad que nos urge nos lleva a no rendirnos, a no conceder demasiado tiempo a pensamientos oscuros y amargos. Este mundo es el primer milagro que hizo Dios, y Dios ha puesto en nuestras manos la gracia de nuevos prodigios. La fe, la esperanza y la caridad avanzan juntas.

Como seguro sabéis mucho mejor que yo, el mundo camina gracias a la mirada de muchos hombres que han abierto brechas, que han construido puentes, que han soñado y han creído.

Lo que es importante es que, desde donde estemos, construyamos. Si estamos en el suelo, que nos levantemos. Nosotros como seres humanos hemos sido creados para vivir juntos en un mundo reflejo del amor de Dios y

es ahí donde, como cristianos, la caridad nos interpela: ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué estamos dispuestos a arriesgar?

Todo el amor que surja es un poder de transformación que anhela felicidad, la fe, la caridad, la luz que Dios nos dio es la riqueza más grande confiada a la nuestra vida.

Esa caridad que nos lleva a sentir esta luz como un tesoro nos debería llenar de responsabilidad hacia este mundo y la vida de cada hombre.

Cada injusticia, cada falta de caridad contra un empobrecido es una herida abierta y disminuye nuestra propia dignidad.

Es un viaje compartido. El poeta francés, Charles Péguy ha escrito páginas maravillosas sobre la esperanza y la caridad y nos dice que una sin la otra no pueden existir. Juntas nos llevan a creer como hijos de una gran familia que las cosas irán mejor mañana, pero que es necesaria nuestra estrecha colaboración.

Nos habla de un viaje maravilloso que transita por el camino de la esperanza y la caridad. Es el impulso de un viaje compartido: los que vienen a nosotros y los que vamos hacia su corazón.

Cáritas Internationalis ha lanzado una campaña que habla de esto: un viaje compartido, donde no hay miedo a compartirlo con nadie, ni a compartir la esperanza y la caridad que somos capaces de vivir.

El papa Francisco dio la bienvenida a esta campaña en su audiencia del 27 de septiembre, con un gran aplauso de los asistentes, a la vez que animaba a todos, y a Cáritas en especial, a seguir en el viaje como cristianos, a seguir luchando por una Iglesia en viaje que lo comparte con cualquiera que quiera acercarse a ella... Sin importar su credo, su sexo, su raza...

Queridos amigos, hablándoles en este entorno, sintiéndome entre amigos, permítanme que vuelva a traer en este punto casi final de mi intervención a muchos rostros camboyanos que son la imagen viva de Dios para mí, que comparten cada día el viaje por este mundo con el convencimiento que puede ser mejor.

En algunas ocasiones, las minas, los humanos, la enfermedad, la falta de acceso a lo más básico les ha dejado con pocas oportunidades; pero renacen, sienten la llamada de esa caridad y esperanza que nos urge y hace que salgan adelante con fuerza. Interpelan mi fe, mi compromiso, mi lucha.

A modo de conclusión

Les animo a que todos salgan a sus periferias, que aprendan a servir. Yo vivo en la de Camboya, pero hay muchas periferias, en las familias, en los ba-

rrios, en los pueblos mayoritariamente pobres. Todos y cada uno de nosotros estamos llamados a esas periferias. Vayan a verlos, a que conozcan sus historias, a que aprendan de su superación, a que vean a Cristo redimiéndonos en ellos. Es el mejor símbolo de la eucaristía que nos libera, que nos hace mejores.

Nuestros obispos españoles en el año 2015 nos regalaron un documento precioso que se titula: “Iglesia servidora de los pobres”. En él nos hablan del destino universal de los bienes y de esa caridad de Cristo que nos urge. Y que, los obispos nos dejan muy claro, es una caridad que debe trabajar por el bien común, amando al prójimo pero trabajando por ese bien común que una sociedad globalizada ha de buscar: el bien común de toda la familia humana. “Se trata –decían nuestros obispos en 2015– de un compromiso activo y operante, fruto del amor cristiano a los demás hombres, considerados como nuestros hermanos, en favor de un mundo más justo y más fraterno, con especial atención a las necesidades de los más pobres”.

La exhortación apostólica del papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, nos dice que los pobres son los primeros destinatarios del Evangelio y que la opción por los pobres es teológica, la caridad es teológica, la acción social está al servicio de la liberación y promoción de los pobres y debe partir de escuchar el clamor de los pobres y de los pueblos.

Queridos amigos, termino con algo que nos dijo el papa Francisco: “no nos dejemos robar la esperanza”.

Demos prioridad a los procesos que generan dinamismos y abren horizontes nuevos.

Lo importante no es sólo lo que hacemos, sino que lo que hacemos sea significativo de que es posible algo nuevo.

Queridos amigos, si Dios es amor, el único lenguaje que habla bien de Dios es el amor, esa caridad que nos urge.

La caridad es el lenguaje que hace creíble los otros lenguajes sobre Dios.

Quisiera terminar con algunas reflexiones profundas: les animo con todo el corazón a que esa Caridad que nos inspira como cristianos nos lleve a “dejarnos tocar” por los más pobres de la tierra, que abramos nuestro corazón a esa gran oportunidad de aprender de otros, de saber de otros, de luchar por otros.

Son tiempos nuevos para todos, lo que servía hace unos meses ya ha cambiado, estamos en el enjambre tecnológico y tenemos que saberlo.

Los que trabajamos los sentimientos tenemos la obligación de ser los mejores profesionales, las mejores personas para comunicar al mundo que

el amor, la caridad, hoy y siempre, mueven fronteras, montañas, realidades, consiguen sueños y nos hace mejores personas.

Les deseo de todo corazón que se dejen “engañar” por el amor de Dios, el que nos hace libres, que nos “urja” esa caridad cuando salgamos hoy de aquí a ser mejores personas y abrir nuestro corazón para ponernos delante de Dios y decirle de corazón: “Haz de mí lo que quieras...”.

Muchas gracias.